

La recuperación de la memoria

Eduardo Saborido Galán
Director de la Fundación de Estudios Sindicales.
Archivo Histórico de CC.OO. de Andalucía

ME PRODUCEN CIERTA INQUIETUD aquellos autores que, refiriéndose a la recuperación de la historia, afirman taxativamente que en la Transición hubo un pacto para el olvido de la memoria. Muchos de los que entonces estábamos en primera línea de fuego pertenecíamos a las direcciones de los partidos de izquierda y de los movimientos sindicales y seguíamos de cerca, discutíamos y votábamos las decisiones importantes que se tomaban, rodeados por aquella especie de vorágine de acontecimientos y cambios que la sociedad española estaba protagonizando. Veníamos algunos de una larga lucha desde principios de los años sesenta por los derechos de los trabajadores y las libertades. Casi sin pausa, nos incorporamos, desde las comisarías y las cárceles, a la discusión y a la toma de decisiones que iban a ser trascendentales para España.

Una amplia vanguardia de ciudadanos (años 76, 77, 78) llenaba nuestra geografía de manifestaciones y protestas pacíficas por reivindicaciones básicas largo tiempo denegadas. También los ultras del franquismo actuaban, a veces desesperadamente y con violencia, para impedir la llegada de una democracia que arrinconaría sus privilegios. Recordemos los sucesos de la matanza de los abogados laboristas de la calle Atocha de Madrid.

En aquel ambiente tuvimos que tomar decisiones sobre la marcha, sin la suficiente experiencia. ¿Que nos equivocamos en algunas cosas importantes? Es probable y también discutible. Hoy, treinta años después, es más fácil reflexionar sobre aquellas decisiones. En aquellos momentos recuerdo pocas voces discrepantes y la gran mayoría dábamos un gran suspiro de tranquilidad y confianza cada vez que se avanzaba en la superación del pasado. Me siento corresponsable y solidario con lo que se hizo.

En ningún momento discutimos, ni votamos, ni nos enteramos de algún pacto sine die contra la memoria histórica ni, mucho menos, a favor del olvido de la memoria histórica.

Es verdad que el dictador murió en la cama, que no hubo ruptura democrática. La democracia fue producto de una transacción, que produjo lo que después se dio en llamar la ruptura pactada. No hubo fuerza para más. ¿O sí? Este nudo gordiano del que algunas veces nos olvidamos ha condicionado durante años la viveza y el descaro para hablar del pasado. También ha introducido prudencia y sensatez en el tratamiento histórico de nuestros demonios familiares, que buena falta nos hacía.

Por eso creo que estamos en un buen momento para que, de forma natural y progresiva, dándoles en primer lugar la palabra y la iniciativa a las víctimas, redoblemos los esfuerzos por recuperar nuestra memoria. Sin banderías, sin tirarnos los trastos a la cabeza unos a otros, sin permitir que se utilice de forma partidista y sin culpar injustamente a los que, en representación de todos, muchas veces jugándose la vida y la libertad, hicieron posible una España, nueva, digna y decente.